SANGRE

Alvaeno Alvaeno

SANGRE

Alvaeno Alvaeno

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2023
©Alvaeno Alvaeno 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-06-0
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27635-2023

A los que luchan sin tregua

I
Pupilas dilatadas

Pupilas dilatadas. Los ojos rojos. En la boca dibujada una eterna sonrisa que enseña al mundo exterior una ráfaga de blancos dientes. El dolor de las muñecas es persistente, las cicatrices en ellas conspiran con el recuerdo. Las heridas, producidas por el fino y brillante corte de la cuchilla, se resienten cada vez que llega el otoño acariciando la tierra con una suave y fina lluvia. El agua cae y corre calle abajo, precipitándose, con su peculiar sonido, bajo las alcantarillas que la reciben, tras un largo y caluroso verano, esparciendo en el aire sus fétidos olores.

Tierna y ausente mirada que observa atónita a transeúntes que como autómatas van de aquí para allá cobijándose de la lluvia bajo sus ridículos impermeables y paraguas. Las cicatrices en las muñecas le recuerdan días lejanos. Malditos como noches intensas e inexactas. Vacías e imprecisas noches de lujuria y locura.

Se dibujan, sobre el cristal de una mesa, las estrellas blancas que desaparecen dejando un halo de muerte infinito.

Arriba el mundo sigue con su cansino y monótono ritmo de locura. Abajo en las profundidades de las cloacas las ratas siguen procreando e inmunizándose a las enfermedades y venenos. El agua del otoño recorre las profundas oscuridades, y arriba cae sobre los graciosos paraguas de los indefensos seres que pululan de un lado para otro.

Ciento sesenta kilos se hacen paso entre la muchedumbre que camina aislándose de la lluvia, protegiéndose con sus horribles modelos de impermeables y paraguas de colores. Pesa la carne acumulada y las piernas se arrastran con cansancio. Las mejillas redondas. Los ojos hundidos en la bacanal rechoncha de las mismas. Mofletes que caen como fileteados sobre la papada que esconde, bajo unos grandes surcos, el sudor que producen los cientos de calorías acumuladas. El cuello que ha desaparecido se ensancha hacia los hombros. Los brazos caen pesados sobre las manos que enseñan unos dedos redondos y amorfos donde las uñas se ocultan tras una línea de negra mugre. A cada paso los pechos suben y bajan con un movimiento feroz que descarga sobre la barriga dos pesadas bolas de carne. En ella el ombligo corona una montaña enorme de grasa. Las caderas soportan el tronco con la seguridad y la fuerza con que sujetan las columnas las grandes catedrales. Son anchas y gordas como las de un buey. Las rodillas aguantan estoicas el movimiento de la pesada mole. Los pies agolpan sangre estancada que les proporciona un intenso color azulado, casi morado, donde los dedos se han convertido en minúsculas criaturas deformes.

Arrastrando los pies sobre la lluvia que sale de su letargo para lavar los primeros días de otoño, Tristán tiene la mirada, al igual que sus ojos, hundida, huidiza.

Hoy ha encontrado la fórmula maravillosa que le otorgará el cumplimiento de su mayor deseo.

II
Lleva zapatos gastados

Lleva zapatos gastados. Cara de perro hambriento, malas pulgas y pocos amigos. Sus ojos se han perdido en algún momento del pasado remoto. Pero todavía sigue intentando averiguar dónde falló. Qué se le pasó por alto.

Últimamente solo se dedica a vagabundear por las calles intentando atar los cabos sueltos, por los que lo perdió todo. Cabos sueltos que lo llevaron a la desesperación. No tuvo huevos de atar ni de hilar el montón de pruebas que fue atesorando en su poder. Es audaz y suspicaz, el que más de todos sus compañeros de trabajo, pero las pruebas lo alejaban de los hechos. No tenía sentido nada al respecto de las chicas aparecidas muertas. Quería encontrar algún indicio por el cual llegar al asesino, si es que había alguno. Todas las veces en las que se encontraron los cuerpos había algo en común: las venas de las muñecas cortadas, la bañera, en algunos casos, y la falta de peso. Eran chicas anoréxicas, jóvenes que perdían su vida arrebatadas de la razón

por el culto al cuerpo, eso hacían suponer las circunstancias en las que fueron halladas, pero él presentía que había algo más.

En ninguno de aquellos cuerpos se encontró indicio de violencia que hubiera sido causada por una mano externa. Lo que hizo pensar a todos que aquellas muertes fueron provocadas por el desaliento, o la depresión que se había apoderado de las víctimas; y no debidas a la acción de un asesino, sino a la propia enfermedad que se encargó de suministrarles, a las chicas, las fuerzas suficientes para llevar a cabo el suicidio.

Martín se negaba a aceptar el resultado de las investigaciones, tan claro para sus superiores y compañeros, tan extraño para él. Pensaba que tras las muertes había gato encerrado, y no cesó en la búsqueda de indicios que delatasen al ejecutor de los horribles crímenes.

Tras un tiempo las muertes cesaron, aunque seguía apareciendo, de tarde en tarde, alguna que otra muchacha muerta en su domicilio, en similares circunstancias.

A Martín lo sustituyeron y más tarde lo enviaron de patitas a la calle. No le quedó mucha pensión, y cuando transcurrieron los años y vino la dictadura, Martín se quedó sin un centavo, el Estado suspendió todos los pagos. Así que se vio tirado en la calle, y viviendo de los asuntillos que le encargaban de vez en cuando. Había conservado su pistola, y como tenía madera de agente de la ley y el orden, no dudaba en actuar a su libre albedrío cuando se le hacía algún encargo y en ocasiones cuando se le ahumaba el pescado.

—Sí, tiene que haber un detalle, un único detalle que delate a ese mal nacido —se decía Martín cuando divagaba de bar en bar, de calle en calle, de barrio en barrio, siempre siguiendo una pista. Una señal que delatase al presunto asesino de aquellas inocentes

y esqueléticas muchachas. No encontraba pistas, ni huellas. Nada que pudiera usar para encerrar a un presunto homicida. Seguía planteándose la posibilidad de que el asesino cometiese un fallo. Un solo y único error y ahí estaría él para echarle el guante. Le demostraría a su jefe que había merecido la pena y que al final él tenía razón. Había visto muchas películas Martín en su vida. Y todas, o la mayoría, de policías y ladrones, en las que, evidentemente, ganan siempre los polis buenos.

Los tiempos habían cambiado y el mal se extendía por doquier. La ley hacía trampas para los culpables y encerraba a los inocentes. Todos los derechos sociales habían sido arrastrados por los derroteros de la injusticia y las falsedades.

Martín seguía intentando hilar y atar lo que ya era impensable: la razón de la muerte de aquellas jóvenes anoréxicas. Estuvo meses sin dormir buscando la pista que lo llevaría, según su determinación, hasta el *hijoputa* que había acabado con la vida de aquellas infelices mujeres. Víctimas de su propia paranoia, en la que quedaban atrapadas, adulando u odiando sus cuerpos, que a pesar de su delgadez, ellas seguirían viendo gordo.

«Seguro que el cabrón que las ha matado es un tipo seboso, tan grasiento como un saco de manteca, o un acomplejado por tener el pene tan pequeño como una semilla de tuta», pensaba Martín cuando buscaba, en su mente, el sentido y el significado de las muertes.

—¡Sí, eso es! —dijo en voz alta mientras saboreaba un terrible carajillo que le servían en el bar que frecuentaba como refugio. El resto del pensamiento o de la idea quedó silenciado por la voz del camarero.

—Martín, vas a tener que tomarte unas vacaciones.

—Cuando acabe con ese mal nacido —respondió con un gruñido.

—No, si al final, ese tipo, si es que existe, se quedará tan pancho y tú te quedarás jodido —dijo el camarero mientras jugaba con el mando a distancia de la televisión.

—¿Ya te estás convirtiendo en mi fiscal y todavía no estoy ante ningún juez?

—Deja al madero que se las apañe como le han enseñado —se entrometió un borracho que se apoyaba en la barra para no caer al suelo.

En uno de los canales, el camarero, detuvo su juego. En las imágenes se podía ver un cuerpo tumbado en el suelo de un pequeño salón. Luego el rostro de la presentadora dejó en un segundo plano las imágenes donde se podía ver un revuelto saloncito con un sofá y una butaca, una televisión pequeña y una estantería de libros. Una cocina al fondo, tipo americana. Una ventana, por la que entraba, de un patio interior, una mortecina luz al saloncito donde varios agentes de policía se disponían a recoger el cadáver.

—Mira, Martín —volvió a mascullar el camarero—, ahí tienes otra chica canija que se ha quedado patidifusa.

—Cállate, qué sabrás tú, que lo único que sabes es darle al puto mando.

—No te enfades, hombre —dijo el camarero.

—No, si no me enfado, lo que pasa es que no tienes ni idea y solo haces caso de lo que dicen en la tele —dijo Martín—. Mira, Cayetano, verás cómo ahora se tiran esos cabrones de la televisión todo el santo día con la misma historia y claro, tú sabes lo que fomentan, pues que cualquier *hijoputa* se lance a recoger los laureles diciendo que es el asesino. Y eso no es lo grave,

Cayetano. No. Lo grave es que seguro que el mal nacido que ha hecho esa putada a esa familia está viendo cómo se convierte en un hombre famoso sin que nadie sepa quién es. Porque a él no le hace falta sacar a relucir su nombre. Ese tiene otra finalidad. Que te lo digo yo, Cayetano. Martín Puentes Yute, y si no que venga Dios y lo vea.

El expolicía termina su perorata y se queda mirando las imágenes que emiten en la televisión; pone varios céntimos de euro sobre el mostrador y se dirige a la calle.

III
En el bar se quedó Cayetano

En el bar se quedó Cayetano mirando las noticias, acompañado por tres habituales del tugurio. En ese momento se abrió la puerta del pequeño antro y tras ella apareció Tristán, que venía como cada mañana a tomar su desayuno.

—Buenos días —saludó con su habitual cordialidad.

Los otros cuatro respondieron casi al unísono:

—¡Buenos días, Tristán!

Cayetano le dice que si va a ser lo de siempre y él contesta como cada mañana lo mismo:

—Es que no te vas a enterar nunca, Cayetano, tienes que dejar de ver tanta televisión, se te está secando el cerebro, si es que tienes alguno.

—La verdad es que lo hago por aquello del protocolo y la educación que he de mantener con mis clientes selectos —dice el camarero con un poco de ironía.

—Tu clientela cada día apesta más —le dice Tristán y la emprende a bocados con uno de los dos molletes que previamente ha untado de manteca hasta rebosar.

Estando sumidos en esas conversaciones triviales no se han percatado de que ha entrado una chica. La chica se dirige directamente a la máquina de videojuegos.

—Buenos días —dice Cayetano cuando se ha dado cuenta de la presencia de la joven.

No hay respuesta por parte de ésta, que está enfrascada introduciendo monedas en la máquina y se evade del mundo exterior jugando la partida.

Hombres violentos que matan y hombres héroes que tienen que acabar con los malos, rescatar a la chica y seguir hacia la segunda etapa del juego. Chicas fuertes.

Heroínas que intentan salvar al mundo de los salvajes y violentos hombres que de diez en diez las asaltan. La pantalla, en un movimiento continuo, ofrece puntos y bonificaciones. El reto: llegar al final de todas las etapas del juego sin perder la partida.

IV
Una aventura es...

Una aventura es, para algunos, sencillamente tumbarse en el sofá y practicar el *zapping*. Para otros es levantarse a las cinco de la madrugada y lanzarse a la calle para buscar el sustento de su progenie, como peces que han engullido el anzuelo hasta lo más hondo y son arrastrados por un hilo invisible que les destroza las entrañas. Así que se animan a sí mismos dándose unos golpecitos antes de lanzarse al precipicio de cada día.

Para Marucha su aventura es, cada día, buscar un lugar distinto, un bar y en él, una máquina de videojuegos, a ser posible de las de antes. Esa es su aventura, dejar las huellas de sus dedos índices plasmadas en los botones de los condenados artefactos. Ahí está, jugando su partida mientras Tristán se zampa sus dos bollos con manteca.

Cayetano sigue haciendo *zapping*. Los otros clientes beben anís sin apenas percatarse de la presencia de otros seres en su entorno. Todos mirando como hipnotizados a la pantalla de televisión.

En la pantalla de la máquina de videojuegos se enciende y apaga una frase acompañada por el sonido de una dulce y sensual voz que indica que la partida ha finalizado. La voz repite con insistencia: «Introduzca monedas, introduzca monedas, la partida ha finalizado, introduzca monedas». Así hasta que el jugador coloca otra moneda en su interior o se larga. La máquina envía su mensaje al mundo exterior y los personajes que en ella esperan para reanudar la partida se fuman un cigarrillo en un acto social en el que unos arremeten contra los otros con una sonrisa cargada de hipocresía.

Suena una moneda. Cae tragada por el canal que la lleva hacia el monedero donde quedará a disposición del recaudador. Previamente a su llegada a la caja negra, donde se reunirá con otras tantas, habrá pasado por el contador automático, que es el que deja constancia del paso de ellas hacia la oscura caja de metal donde dormirán hasta ser rescatadas. Así una y otra vez, en un continuo ritmo que se asemeja al que los hombres llevan ahí fuera, en el exterior, alejados de los elementos que componen la máquina donde esa chica jugaba su partida hace unos momentos. La voz de la máquina guarda silencio como dolida por el abandono y se queda esperando hasta que otro cliente vuelva a percatarse de su presencia e introduzca su moneda; la máquina vuelve a la vida nuevamente y así una y otra vez la dichosa máquina será desdichada en el abandono y feliz en el reencuentro con otro ser que requiera sus servicios. «Introduzca moneda». «La partida ha finalizado»...

En la oscuridad del monitor se refleja el rostro de Marucha, ella se atusa el pelo corto y negro, que la hace desmesuradamente atractiva; aunque la razón de su atractivo no es otra que su mirada de profundidad vertiginosa y misteriosa, no obstante, sus

grandes ojos negros atrapan a quien los mira en las profundidades de sus pupilas. También hay que destacar unos simpáticos hoyuelos que se dibujan, en las mejillas, cuando sus carnosos labios deciden dedicar una sonrisa malévola y a la vez calurosa que deja al observador con dos palmos de narices, confuso. Esa cálida sonrisa desaparece en un espacio de tiempo tan corto que apenas es apreciable. Marucha se mira por última vez en la pantalla. Se da media vuelta y sale del bar como ha entrado, sin dirigirle la palabra ni la mirada a ninguno de los presentes.

V
Vaya educación

—Vaya educación —dice Cayetano.

—La gente ahora no habla con nadie —responde Tristán.

—No están los tiempos para hacer amigos, ¡eh, Cayetano! —dice uno de los hombres que parece ausente.

—¿Ya estuvo aquí Martín? —pregunta el otro que también parece estar en la ausencia más absoluta como si le hubieran clavado los ojos a la pantalla de televisión con los rayos catódicos.

—Joder, es que estás tan absorto con tu anís y tus males que no vas a levantar cabeza jamás. Y tu mujer mientras tanto dándole al limpia sables, y es que hay que ser capullo.

—A mi mujer me la dejas tranquila —responde el sujeto.

Tristán acaba su desayuno. El camarero le pone un vaso de agua. Martín vuelve.

—Ya estoy aquí otra vez, al final voy a echar de menos tus putos carajillos —dice con una risa burlona.

—¡Hombre, Tristán! ¿Cómo estás hoy?

—Como siempre, Martín, ya sabes que esto de pesar tanto lo llevo fatal. El día que encuentre un antídoto ya verás cómo me quedo.

—¿Se sabe algo sobre el asesino? —pregunta curioso Cayetano.

—Te voy a contar yo a ti lo que se sabe o no se sabe. Faltaría más. Ahora los polis nos vamos a dedicar a ir como verduleras aireando los chismes. El que quiera saber que se compre un libro. Ponme un carajillo y no seas idiota, Cayetano.

—¡Vaya! ¿Han vuelto a encontrar a otra chica? —pregunta Tristán—. ¿Qué te debo?

—¿No lo sabes?, tomas todos los días lo mismo. Vaya tela.

—Solo quería devolverte la ironía, ya sabes, por aquello de la educación, el protocolo...

—No le cobres, hoy invito yo a mi amigo Tristán —dice Martín.

—Gracias, Martín, mañana a la misma hora, y espero que haya suerte con ese rollo. Aunque en estos tiempos ya me dirás tú a mí si importa que esas chicas sean asesinadas. Cuando aquí llegar a la noche ya es un milagro. Que sales a la calle y te topas con una panda de cabrones, que por menos de un pimiento te envían al otro barrio sin preguntarte ni el nombre. No te jode. ¿A quién coño le van a importar unas muchachas más o menos? —suelta esta retahíla Tristán, esperando una respuesta del expolicía.

—Se diría que hoy no te has levantado con buen pie, amigo —responde Martín.

—No es que tenga un día malo. Es que estoy harto de estos ciento y pico de kilos y para colmo me gano la vida estafando a la gente vendiendo la fórmula magistral para perder peso y